

CAPITULO XV

Fernando en Roma.

Sucedió lo que Mack había previsto : su enviado lo alcanzó un poco más abajo de Valmontone.

El general no comprendió de todo lo que le refirió el comandante, sino que los franceses habían evacuado Roma. Corrió al alojamiento del rey y le anunció que en cuanto oyeron su intimación los franceses se apresuraron á retirarse, y que por consecuencia él entraría en Roma al día siguiente, y en una semana estaría en plena posesión de los Estados romanos.

El rey mandó que se hiciese una marcha doble, y aquella misma noche durmió en Valmontone.

Al día siguiente á medio día, hicieron alto en Albano. Desde la colina descubrían Roma, y la vista se extendía hasta Ostia; pero fué imposible que entrase el ejército en Roma el mismo día, por lo cual se convino en que acamparían aquella noche; y que al día siguiente, á las nueve de la

mañana, el rey haría su entrada triunfal por la puerta de San Juan, é iría directamente á San Carlos para oír la misa solemne en acción de gracias.

En efecto, el ejército se puso en marcha á las tres. Mack iba al frente á caballo, y el rey con el duque de Ascoli en un coche, rodeado del estado mayor particular de S. M.

Á las siete hicieron alto á dos leguas de Roma y el rey cenó bajo una magnífica tienda en compañía del duque de Ascoli, del general Mack, del marqués de Malaspina y de los más favorecidos de entre la pequeña corte que le había seguido.

Durante la cena les anunciaron la llegada de una diputación del pueblo romano.

La diputación se componía de dos cardenales que no se habían adherido al gobierno republicano, de las autoridades derribadas por este gobierno, y de algunos otros mártires de los que salen siempre al encuentro de las reacciones.

La comisión venía á recibir las órdenes del rey para la ceremonia del día siguiente.

El rey estaba radiante. Él también, como César y Pompeyo, iba á entrar triunfante en Roma.

No era pues tan difícil la victoria como le pareció al principio.

¡ Qué efecto debería producir la relación de sus

triumfos en Caserta, en el muelle, en el Mercado Viejo y en Marinella, y qué orgullosos estarían los *lazzaroni* al saber que su rey había triunfado!

¡Él había, pues, vencido, y sin disparar un cañonazo, á aquella terrible República francesa, hasta entonces invencible! Indudablemente el general Mack, que se lo había anunciado, era un grande hombre.

El rey creyó que la cosa valía la pena de ser anunciada á su esposa, y después de preparar todo lo necesario para el siguiente día, y de despedir á los comisionados, le escribió la siguiente carta:

« Querida mía :

» Todo sale á medida de nuestros deseos : en menos de cinco días he llegado á las puertas de Roma, donde haré mañana mi entrada triunfal. Todos huyen ante nuestros ejércitos victoriosos, y mañana por la noche, desde el palacio Farnesio, escribiré al Santo Padre que puede venir si gusta á celebrar con nosotros la Pascua de Navidad.

» ¡ Ah ! ¡ si yo pudiera transportar aquí mi pesebre y enseñarlo á todo el mundo !

» El mensajero que os envió con estas buenas noticias es mi correo Ferrari. Permitidle en recompensa que coma con el pobre Júpiter, que debe

aburrirse mucho sin mí. Respondedme por la misma vía, tranquilizándome sobre el estado de vuestra querida salud y la de mis amados hijos, á quienes, gracias á vos y á nuestro ilustre general Mack, espero legar un trono no sólo próspero, sino glorioso.

» Las fatigas de la campaña no han sido tan grandes como yo temía. Verdad es que hasta ahora he podido hacer casi todas mis jornadas en coche, y no montar á caballo más que por mi gusto.

» ¡ Sólo un punto negro queda aún en el horizonte ! el general republicano ha dejado en Roma quinientos hombres en el castillo de San Angelo ; ¿ con qué objeto ? no puedo adivinarlo ; pero después de todo no me preocupa mucho, porque mi ilustre amigo el general Mack me asegura que se rendirán á la primera intimación. Hasta la vista, querida mía, sea que vengáis, para que la fiesta sea completa, á celebrar en Roma la Natividad con nosotros, ó que pacificándose todo y restablecida Su Santidad en su trono, vuelva yo gloriosamente á mis Estados.

» Recibid, querida esposa mía, para compartirlos con mis amados hijos, los abrazos de vuestro tierno esposo y padre :

» FERNANDO. »

P. D. — « Espero que no habrá sucedido nada

malo á mis canguros, y que los encontraré tan buenos como los dejé. Á propósito, presentad mis más afectuosos recuerdos á sir William y á lady Hamiltón ; en cuanto al héroe del Nilo aun debe estar en Liorna. Dondequiera que esté dadle parte de mis triunfos. »

Mucho tiempo hacía que Fernando no había escrito una carta tan larga ; su entusiasmo explica su prolijidad. Leyóla, y quedó satisfecho, aunque sintió no haber pensado en sir William y lady Hamiltón, sino después de hablar de los canguros ; mas no creyó conveniente desperdiciar carta tan bien escrita por tan poca cosa. Cerróla, llamó á Ferrari, quien completamente repuesto de su caída, llegó, según su costumbre, calzado con las botas de montar, y prometió que la carta estaría en manos de la reina antes de las cinco de la tarde del día siguiente.

Después de esto, el rey jugó su partida de *whist* con el duque de Ascoli, el marqués de Malaspina y el duque de Circello. Ganó S. M. mil ducados, se acostó radiante de alegría y soñó que hacía su entrada triunfal, no ya en Roma, sino en París, y que, con el manto real llevado por los cinco directores, entraba en las Tullerías, desiertas desde el

10 de Agosto, llevando una corona de laurel en la cabeza, como César, y sosteniendo, como Carlomagno, el globo en una mano y la espada en la otra.

El día vino á disipar las ilusiones de la noche ; pero lo que de ellas quedó bastaba para satisfacer el amor propio de un hombre á quien los deseos de ser conquistador no le entraron hasta la edad de cincuenta años.

No entraba en París, pero entraba en Roma.

La entrada fué espléndida ; el rey Fernando, á caballo, vestido con su uniforme de feld-mariscal austriaco lleno de bordados, llevando al cuello y en el pecho todas sus órdenes personales y todas las de su familia, fué recibido en la puerta de San Juan, primero por el antiguo senado que, acompañado de los magistrados del municipio, le presentó de rodillas las llaves de Roma en una bandeja de plata. Al rededor de los senadores y de los magistrados del municipio estaban todos los cardenales que habían permanecido fieles á Pio VI. Desde allí debía el rey seguir, por una carrera sembrada de flores, hasta la iglesia de San Carlos á oír el *Te-Deum*, y después al palacio Farnesio.

En el momento en que el rey tomaba las llaves de Roma comenzaron los cánticos. Cien jóvenes

vestidas de blanco abrían la marcha, sembrando el camino de rosas. Apenas vaciaban sus canastillas, les daban otras llenas de hojas. Detrás de las jóvenes iban los niños de coro, andando de espaldas, mirando al rey y balanceando sus incensarios. La población de Roma y de los alrededores se agolpaba á los lados de esta vistosa procesión.

Una admirable música militar tocaba las piezas más alegres de Cimarosa, Pergoleso y Paesiello. El rey marchaba solo en el aislamiento emblemático de la majestad soberana. Detrás del rey iba Mack y todo el estado mayor, seguido de veinte mil infantes y diez mil caballos vestidos de gala, de magnífico aspecto y marchando con admirable marcialidad.

Cincuenta piezas de artillería recientemente fundidas, cerraban la marcha. El sol de una hermosa mañana de Noviembre iluminaba aquel magnífico cortejo.

El clero de San Juan de Letrán salió á recibir al rey fuera de la puerta de su famosa iglesia, donde fué recibido é incensado antes de apearse. Cuando concluyeron los cantos, apeóse el rey y subió á pie la *escala santa*, escalinata sagrada traída de Jerusalén á Roma y que había pertenecido á la casa de Pilatos. Jesús había subido por ella al Pretorio con los

pies desnudos y ensangrentados, y á los fieles sólo les está permitido subirla de rodillas.

Besó el rey el primer escalón antes de subir, y cuando sus labios lo tocaron, las músicas resonaron de nuevo, y cien mil voces atronaron el aire con una inmensa exclamación.

Después de orar de rodillas, se levantó, se persignó, siguió la larga calle de San Juan de Letrán, casi toda compuesta de monasterios, y el famoso Cuartel de las Carenas hasta llegar á la plaza de Trajano, desde donde formando un ángulo recto, pasó al Corso y llegó á la iglesia de San Carlos, donde fué recibido por todo el clero bajo su puerta gigantesca, y oyó el *Te-Deum*. Concluido éste, volvió á montar á caballo, y acompañado del mismo cortejo, continuó bajando el Corso hasta la plaza del Pueblo, y siguiendo el curso del Tíber en sentido inverso al que tomó Championnet para salir de Roma, entró en la vía de la Scroffa, donde está San Luis de los franceses; atravesó la gran plaza Novona, y en pocos instantes se encontró junto al palacio Braschi, desde donde llegó, por el Campo de las Flores, al palacio Farnesio, objeto de su carrera y término de su entrada triunfal.

Todo el estado mayor pudo entrar en aquel magnífico patio, obra maestra de los arquitectos

más grandes que han existido, Sangallo, Vignolas y Miguel Ángel. Por honor y por defensa colocaron en la puerta cuatro piezas de artillería, y el rey encontró servida al entrar en el palacio una comida de doscientos cubiertos.

Podría decirse que Roma entera se había dado cita en la plaza de Farnesio. Á pesar de los centinelas, el pueblo invadió el patio, escaleras y antesalas gritando: « ¡ Viva el rey ! » Tres veces tuvo S. M. que dejar la mesa y asomarse á la ventana para satisfacer el entusiasmo de la gente.

Loco de alegría, creíase rival de los héroes sobre cuyas huellas acababa de pasar, y olvidando que Pío VI, estando en poder de los franceses, no podía disponer de su persona, con la cabeza trastornada por el vino y el corazón rebosando de orgullo, escribió la siguiente carta :

Á SU SANTIDAD EL PAPA PÍO VI,

PRIMER VICARIO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Príncipe de los apóstoles y rey de reyes :

« Vuestra Santidad sabrá, sin duda con la mayor satisfacción, que con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo y bajo la augusta protección del bienaventurado *San Gennaro*, hoy mismo entré con mi

ejército, sin resistencia y triunfante, en la capital del mundo cristiano. Los franceses han huído espantados á la vista de la cruz y del brillo de mis armas. Vuestra Santidad puede pues, volver á tomar su suprema y paternal omnipotencia, que yo guardaré con mi ejército. Abandonad vuestra modesta residencia en la Cartuja, y sobre las alas de los querubines, como nuestra Santa Virgen de Loreto, venid y descended en el Vaticano, para purificarle con vuestra sagrada presencia. Vuestra Santidad podrá celebrar en San Pedro el oficio divino el día del Nacimiento del Salvador. »

Por la noche recorrió el rey en carretela descubierta, en medio de los gritos de ¡ viva el rey Fernando ! ¡ viva el papa Pío VI ! las principales calles de Roma y las plazas de Novona, España y Venecia. Detúvose un momento en el *Teatro Argentino*, donde debían cantar unas coplas hechas en honor suyo, y para ver á Roma iluminada, trepó las más altas cuestas del monte Pincio.

La ciudad estaba iluminada *á giorno*, de uno á otro extremo. Sólo un monumento, sobre el que flotaba la bandera tricolor, semejante á una solemne protesta y á una amenaza de Francia contra la ocupación de Roma, se alzaba sombrío entre tantas luces y silencioso entre tantos clamores.

Era el castillo de San Angelo.

Su masa sombría y silenciosa tenía algo de formidable y espantoso. El único grito que de cuarto en cuarto de hora salía de sus muros era el de : ¡ centinela, alerta ! y la única luz que se veía brillar al través de sus troneras era la de la mecha de los artilleros que estaban en pie al lado de los cañones.

CAPÍTULO XVI

Habla el castillo de San Angelo

Al pasar por la plaza del Pueblo, para subir al Pincio, el rey vió una notable parte de la población, compuesta de niños y mujeres, danzar en torno de una hoguera que se elevaba en medio de la plaza : á la vista del príncipe, los bailarines se detuvieron para gritar : « ¡ Viva el rey Fernando ! ¡ Viva Pío VI ! »

El rey se detuvo también, preguntó lo que hacían aquellas buenas gentes y qué significaba aquel fuego á que se calentaban.

Respondieronle que aquel fuego era de una hoguera hecha con el árbol de la Libertad plantado diez y ocho meses antes por los cónsules de la república romana.

Aquel entusiasmo por los buenos principios conmovió tanto á Fernando, que sacando del bolsillo un puñado de monedas, las arrojó en medio de la muchedumbre, gritando :

— ¡ Bravo ! ¡ amigos míos, divertíos !

Las mujeres y los niños se abalanzaron sobre los carlinos, los ducados y los columnarios del rey Fernando, resultando de aquí una espantosa pelea en que las mujeres pegaban á los niños y los niños arañaban á las mujeres; en que hubo, en fin, muchos gritos, muchos llantos y poco daño.

En la plaza Novona vió otra hoguera.

Hizo la misma pregunta y recibió igual contestación.

El rey echó mano, no ya á su bolsa, sino á la del duque de Ascoli, tomó un segundo puñado de monedas, y como estaban allí mezclados hombres y mujeres, las echó á los bailarines y á las bailarinas.

Hemos dicho que además de mujeres y niños había hombres; el sexo fuerte se creyó con derechos más positivos que el débil sobre el dinero; pero los maridos y amantes de las mujeres aporreadas, echaron mano á sus cuchillos, y hubo que llevar al hospital uno de los bailarines.

Repitióse la escena en la plaza de Colonna, solamente que allí concluyó gloriosamente para la moral pública. En el momento en que los cuchillos iban á entrar en danza, pasó un ciudadano embozado en su capa y con el chapeo calado; ladróle un perro, y un muchacho gritó: « ¡ al jacobino ! » Jacobino

dijiste. Los combatientes volvieron su saña contra él, y á pesar de sus protestas, el embozado fué arrojado á la hoguera, en la que pereció miserablemente en medio de los alaridos y de la befa del populacho.

De repente, á uno de los quemadores ocurrióle una idea luminosa.

Los árboles de la libertad que se derribaban y quemaban no habían nacido solos; habían sido plantados y los plantadores eran más culpables que los pobres árboles, que tal vez se habían dejado plantar contra su voluntad; por consiguiente, en lugar de castigar inocentes, debían buscar los verdaderos culpables.

¿ Quién los había plantado ?

Los dos cónsules de la República romana, Mattei de Balmontone y Zaccalone de Piperno.

Estos dos nombres tan reverenciados y bendecidos por la población, á la cual, como magistrados y verdaderos liberales, habían consagrado su tiempo, su inteligencia y su fortuna; pero en días de reacción, el pueblo perdona más fácilmente á los que le han perseguido que á sus servidores, y con frecuencia sus primeros servidores son sus primeras víctimas. « Las revoluciones, ha dicho Vergniaud, son como Saturno, devoran á sus hijos. »

Un hombre á quien Zaccalone había obligado á

enviar su hijo á la escuela, joven romano, defensor de la libertad individual, propuso que se colgaran de un árbol á los dos cónsules. Aceptóse por aclamación, y reservando un árbol de la Libertad para que sirviera de horca, ya no les faltó más que echar mano á los cónsules.

Pensaron en el álamo de la plaza de la Rotonda, que aún no estaba derribado, y como los dos magistrados vivían cerca, consideraron esta proximidad como providencial.

Corrieron á sus casas; pero felizmente los dos magistrados se habían puesto en salvo, apreciando en su justo valor el agradecimiento que debían esperar del pueblo, á cuya emancipación habían contribuido.

Pero un hojalatero, cuya tienda estaba junto á la casa de Mattei, y á quien éste había prestado cien escudos para impedir que quebrara, y un herbolario, á quien Zaccalone enviara su propio médico para asistir á su mujer en una fiebre maligna, declararon que sabían poco más ó menos dónde se habían refugiado los culpables, y se ofrecieron entregarlos.

La oferta fué recibida con entusiasmo, y para no desperdiciar el tiempo, la multitud empezó á saquear las casas de los dos ausentes y á arrojar los

muebles por las ventanas. Entre éstos había en ambas casas un reloj de bronce dorado con la siguiente inscripción, que probaba que ambos procedían del mismo origen :

Á LOS CÓNSELES DE LA REPÚBLICA ROMANA,
LOS ISRAELITAS AGRADECIDOS.

Y en efecto : los dos cónsules habían publicado un decreto, por el cual los judíos se declaraban hombres libres, y como los demás, en el pleno ejercicio de los derechos de ciudadanos.

Este descubrimiento hizo pensar á la plebe en los desgraciados judíos, de los que probablemente no se hubieran acordado si ellos no cometieran el error de ser agradecidos.

El grito de ¡ al Ghetto ! ¡ al Ghetto ! resonó, y todos se precipitaron hacia el barrio de los judíos.

Cuando la publicación del decreto por el cual la república romana les concedía el derecho de ciudadanos, los desgraciados judíos se apresuraron á destruir las barreras que los separaban de la sociedad y esparcieron por la ciudad, estableciendo tiendas y almacenes ; pero en cuanto se marchó Championnet, viéndose sin protectores, se refugiaron de nuevo en su barrio, á cuya entrada se pusieron las

verjas que antes derribaron, no para separarse del mundo, sino para oponer un obstáculo á sus enemigos.

Hubo, pues, no resistencia voluntaria á la muchedumbre, sino oposición material á su invasión.

Entonces, aquella misma turba, siempre fecunda en medios expeditivos é ingeniosos, tuvo la idea de echar por encima de las barreras del Ghetto hachones encendidos en la hoguera cercana.

Los hachones se sucedieron con rapidez; luego los perfeccionadores — que en todas partes hay — los hicieron más grandes y los cargaron más de trementina. Pronto el Ghetto presentó el aspecto de una ciudad bombardeada, y al cabo de media hora, los sitiadores tuvieron la satisfacción de ver en muchos lugares las llamas de cinco ó seis incendios.

Al cabo de una hora de sitio, el Ghetto estaba todo incendiado.

Entonces abriéronse las puertas por sí mismas, y aquella infortunada población, sorprendida en medio del sueño; hombres, mujeres, niños medio desnudos, lanzando gritos de espanto, precipitóse por las puertas como un torrente que rompe sus diques, y se dispersaron, ó más bien trataron de dispersarse por la ciudad.

Era allí donde la muchedumbre los aguardaba;

cada cual se apoderó de un judío y se divirtió con él cruelmente; agotóse el repertorio de los tormentos con aquellos infelices: unos fueron obligados á andar dezcalzos sobre ascuas llevando un cerdo en sus brazos; los otros fueron colgados por debajo de los sobacos, entre dos perros colgados también por las patas de detrás, y que, rabiosos de dolor y de cólera, los acribillaban á mordiscos: otros, en fin, desnudos hasta la cintura y con un gato atado á la espalda, fueron paseados por la ciudad y azotados con correas como Cristo; sólo que las correas caían á un mismo tiempo sobre el hombre y el animal, y con dientes y uñas, el animal despedazaba al hombre; por último los menos desdichados fueron arrojados al Tíber y ahogados pura y simplemente.

Estas diversiones duraron no sólo toda aquella noche, sino los dos días siguientes, y tan variadas fueron, que el rey acabó por preguntar qué eran aquellos hombres á quienes se martirizaba tanto.

Contestáronle que eran judíos que habían tenido la impudencia de considerarse, después del decreto de la República, hombres como los otros, y que, en consecuencia, habían admitido cristianos en sus casas, comprado propiedades, salido del Ghetto, se habían hecho asistir por médicos católicos y enterrado sus muertos con cirios.

Al rey Fernando le costó trabajo creer tan atroces delitos; pero al cabo presentaron ante sus ojos el decreto de la República, que devolvía á los judíos los derechos de ciudadanos, y tuvo que resignarse á creer.

Preguntó quiénes eran los hombres bastante dejados de la mano de Dios para haber dado semejante decreto, y nombráronle las cónsules Mattei y Zaccalone.

— He ahí á los hombres que sería menester castigar, más bien que los que ellos han emancipado, exclamó el rey, con su rudo buen sentido, hasta en sus preocupaciones.

Respondiéronle que ya habían pensado en ello, y que se buscaba á los culpables, que dos ciudadanos se habían comprometido á entregar.

— Está bien, dijo el rey: si los entregan se darán á cada uno cien ducados, y se ahorcará á los cónsules.

Esparciose la noticia de la generosidad del rey, y dobló el entusiasmo. La multitud se preguntó lo que podría ofrecer á rey tan bueno y que secundaba tan bien sus deseos. Después de deliberar sobre tan grave asunto resolvieron que, puesto que el rey se encargaba de ahorcar á los cónsules por las manos de un verdugo de profesión y en horcas reales, ellos

derribarían el último árbol de la libertad, cuya conservación ya no tenía objeto, lo quemarían y llevarían al rey el carbón para que tuviese el gusto de calentarse con carbón revolucionario.

Lleváronle un carro cargado, y él les dió mil ducados.

Parecióle tan buena la idea que mandó dos tizones de los más grandes á la reina, acompañados de la siguiente carta:

« Mi querida esposa :

» Ya sabéis mi feliz entrada en Roma, sin que se me presentara el menor obstáculo en la marcha; los franceses se han desvanecido como el humo. Verdad es que han quedado en San Angelo quinientos jacobinos; pero permanecen tan tranquilos, que me parece que sólo aspiran á que no se acuerden de ellos.

» Mack sale mañana con 25,000 hombres en busca de los franceses: en el camino se le incorporará el ejército de Micheroux, con lo cual reunirá de treinta á cuarenta mil soldados, y no presentará la batalla al enemigo sino con la seguridad de aplastarlo.

» Aquí estamos en continuas fiestas. ¿ Creeríais que esos miserables jacobinos habían emancipado los judíos? Hace tres días que el pueblo romano los

caza en las calles ni más ni menos que hago yo con los venados en el bosque de Persano, y con los jabalíes en el de Asproni. Pero me prometen algo mejor todavía; parece que están seguros de dar con los dos cónsules de la supuesta república romana. He ofrecido quinientos ducados por la cabeza de cada uno, y creo que será un buen ejemplo el ahorcarlos, y en tal caso se ahorcarán ante el castillo de San Angelo, para ofrecer á la guarnición, que debe aburrirse, alguna distracción.

» Os mando para que los queméis la noche buena dos gordos tizones, á que ha quedado reducido el árbol de la libertad de la plaza de la Rotonda; calentaos bien con ellos, vos y todos los niños, y pensad mientras tanto en vuestro esposo y padre que os ama.

» Mañana publico un edicto para poner un poco de orden entre esos judíos, y encerrarlos en el Ghetto, sometiéndolos á una prudente disciplina. Os mandaré copia del edicto en cuanto se publique.

» Anunciad á Nápoles los favores de que me colma la bondad divina: haced cantar un *Te-Déum* por nuestro arzobispo Capece Zurlo, que sospecho está contaminado de jacobinismo. El *Te-Déum* será su castigo. Mandad á Vanni que termine el proceso de ese condenado de Nicolino Caracciolo.

» Os tendré al corriente de los prósperos sucesos de nuestro ilustre general Mack, según los vaya sabiendo.

» Conservaos buena, y creed en la eterna y sincera amistad de vuestro discípulo y esposo,

» FERNANDO B. »

« Posdata. — Presentad mis respetos á esas señoras. Aunque un poco ridículas, esas buenas princesas no son menos por eso las augustas hijas del rey Luis XV. Autorizad á Ariola á que dé una paguilla á los siete corsos que les habían servido de guardias de corps, y que les fueron recomendados por el conde de Narbona, que ha sido, según creo, uno de los últimos ministros de vuestra querida hermana María Antonieta. Esto les gustará y no nos comprometerá en nada. »

En efecto; al siguiente día Fernando publicaba el edicto sobre los judíos, que era el restablecimiento de la ley abolida por los *supuestos* cónsules del *supuesto* gobierno republicano.

Nuestra conciencia de historiadores verídicos no nos permite cambiar ni una sílaba á ese decreto, que es todavía la ley vigente en Roma.

ARTÍCULO PRIMERO. Ningún judío residente en Roma ó en los Estados romanos, podrá alojar ni alimentar á los cristianos, ni recibirlos á su servicio bajo pena de ser castigado según los decretos pontificios.

ART. 2.º Todos los israelitas deberán vender en el plazo de tres meses todos sus bienes muebles é inmuebles; si no lo hacen, se venderán en pública subasta.

ART. 3.º Ningún judío podrá vivir en Roma ni en los Estados pontificios sin autorización del Gobierno. En caso de contravención serán encerrados en sus *ghettos* respectivos.

ART. 4.º Ningún israelita podrá pasar la noche fuera de su *ghetto*.

ART. 5.º Ningún israelita podrá tener relación de amistad con ningún cristiano.

ART. 6.º Los judíos no podrán comerciar en ornamentos sagrados, ni en libros de ninguna clase, bajo pena de cien escudos de multa y siete años de prisión.

ART. 7.º Todo médico católico llamado por un judío empezará por convertirlo, y si el enfermo se niega, lo abandonará. Y el médico que obre de otra manera se expondrá á los rigores del Santo Oficio.

ART. 8.º Al enterrar sus muertos, los judíos no podrán hacer ninguna ceremonia ni servirse de hachones, bajo pena de confiscación. »

Al día siguiente de la promulgación de este decreto, Mack se despidió del rey, dejando cinco mil hombres para guardar á Roma, y salió por la puerta del Pueblo, con objeto de perseguir á Championnet y combatirlo en cualquier parte que se hallase.

En el momento mismo en que su retaguardia se ponía en marcha, una cabalgata entraba en Roma por el extremo opuesto, es decir, por la puerta de San Juan.

Cuatro gendarmes napolitanos á caballo precedían á dos hombres atados uno á otro por los brazos. Aquellos dos hombres llevaban gorros de algodón blanco, y vestían esas hopalandas de color incierto que llevan los enfermos en los hospitales; iban montados sobre dos asnos en pelo, y cada uno conducido por un hombre del pueblo que, armado de un gran garrote, amenazaba é insultaba á los prisioneros.

Aquellos prisioneros eran los dos cónsules de la república romana, Mattei y Zaccalone, y los dos hombres del pueblo que conducían los asnos eran el hojalatero y el herbolario que habían prometido entregarlos.

Como vemos, cumplían su palabra.

Los malaventurados fugitivos, creyendo hallarse en seguridad en un hospital que Mattei había fun-

dado en Valmonte, su ciudad natal, habíanse refugiado en él, y, para mejor ocultarse, se habían vestido el uniforme de los enfermos. Denunciados por un enfermero, que debía su destino á Mattei, habían sido presos y los llevaban á Roma para ser juzgados.

Apenas entraron por la puerta de San Juan fueron reconocidos, y la muchedumbre, con ese instinto fatal que la lleva á destruir lo que ha levantado, y á vilipendiar lo que ha glorificado, empezó por insultar á los presos, por tirarles barro, y luego piedras, gritando: « ¡ Mueran! » y procurando realizar sus amenazas. Preciso fué que los cuatro gendarmes napolitanos dijeseu categóricamente á la multitud que los cónsules volvían á Roma para ser ahorcados al día siguiente, en presencia del rey y ante el castillo de San Angelo, para mayor vergüenza de la guarnición francesa, para que no los asesinaran. Esta promesa los tranquilizó; pero continuaron gritando en torno de los presos y arrojándoles barro y piedras.

Aquellos dos hombres esperaban silenciosos y tristes, pero resignados y tranquilos el trágico fin que les preparaban sus enemigos. Sabían que todo había concluído para ellos y que no podían escapar de las garras del león popular, sino para caer en las del tigre real.

Inclinaban la cabeza y esperaban.

Un poeta de circunstancias, poetas que nunca faltan en los triunfos ni en las derrotas, había improvisado los cuatro versos siguientes, que distribuyó con profusión y que el populacho cantaba al son de una música improvisada como la poesía :

*Largo, o romano popolo! all'asinino ingresso,
Qual fecero non Cesare, non Scipione istesso.
Di questo democratico e augusto onore e degno
Chi rese un dí da console d'impí tiranni il regno.*

Los presos atravesaron de este modo las tres cuartas partes de Roma hasta la cárcel nueva donde fueron puestos en capilla.

Numerosa turba de gentes se agolpó á la puerta de la cárcel, y hubiera entrado por fuerza, si no la hubieran asegurado que los presos morirían ahorcados el siguiente día.

Las esquinas de la ciudad se llenaron de carteles anunciando la ejecución para las doce.

Esta promesa hizo pasar una buena noche á los romanos.

Á las siete de la mañana levantaban el patíbulo en la plaza del castillo de San Angelo, justamente enfrente de la vía Papal.

Aquel era el sitio ordinario de las ejecuciones pú-

blicas y para mayor comodidad de aquellas fúnebres fiestas la casa del verdugo estaba á pocos pasos de distancia.

En 1848 fué destruída la casa del verdugo cuando Roma proclamó la república, república que debía durar menos que la de 1798.

Al mismo tiempo que los carpinteros de la muerte fabricaban el patíbulo y levantaban las horcas en medio de las chanzonetas del pueblo que tienen siempre ingenio que gastar en estas ocasiones, adornábase un balcón de ricos brocados, y este trabajo tenía el privilegio de dividir, con el del patíbulo, la atención de la multitud; en efecto, aquel balcón era el palco desde donde el rey debía asistir á la representación.

Un inmenso concurso de pueblo llegaba de las dos extremidades opuestas de Roma por la orilla izquierda del Tiber, viniendo de la plaza del Pueblo y del Transtevero, mientras que, por la gran calle Papal y por todas las callejuelas adyacentes, los otros barrios vomitaban sus poblaciones en la plaza de San Angelo que pronto se halló atestada de tal modo, que hubo que poner una guardia en torno del patíbulo para que los carpinteros pudiesen continuar su trabajo.

Únicamente la orilla derecha estaba desierta; la

terrible fortaleza, que es en Roma lo que la Bastilla fué en París y San Telmo en Nápoles, aunque silenciosa y en apariencia inhabitada, inspiraba sin embargo bastante terror para que nadie se atreviera á pasar el puente que á ella conduce ni á acercarse á sus murallas. La bandera tricolor que la dominaba parecía decir á aquel populacho, ebrio de sangre: « Cuidado con lo que haces, que la Francia está aquí. »

Mas como no se veía un solo soldado en las murallas, y las ventanas estaban cerradas, se acostumbraron á aquella amenaza silenciosa, como los niños se acostumbran á la presencia de un león dormido.

Á las once de la mañana salían los condenados de su prisión montado cada uno en un asno, con una cuerda al cuello, cuya punta llevaba un criado del verdugo que marchaba delante. El verdugo abría la marcha. Las hermandades de los penitentes, ó de la Paz y Caridad, los rodeaban, y todo el pueblo los seguía. De esta manera los condujeron á la iglesia de San Juan, y ante la puerta les hicieron echar pie á tierra, y descalzos y de rodillas, pedir perdón.

El rey se dirigió del palacio Farnesio á la plaza de la ejecución, y pasó por la vía Julia en el mo-

mento en que los ayudantes del verdugo obligaban á los condenados, tirándoles de las cuerdas, á ponerse de rodillas. En otros tiempos la presencia del rey hubiera bastado para perdonar á los reos, pero todo había cambiado; en aquel caso, la presencia del rey aseguraba la ejecución.

La multitud se abrió para dejar pasar al rey, el cual mirando al soslayo y con inquietud al castillo de San Angelo, dejó escapar un gesto de impaciencia al ver la bandera francesa. Apeóse en medio de las aclamaciones del pueblo, apareció en el balcón y saludó á la multitud.

Un momento después, los gritos del pueblo anunciaron la llegada de los prisioneros. Éstos iban precedidos y seguidos de un destacamento de gendarmes napolitanos á caballo, los cuales, juntándose á los que ya los esperaban en la plaza, hicieron retroceder al pueblo para dejar campo libre á las operaciones del verdugo y sus ayudantes.

El silencio y la soledad del castillo de San Angelo habían tranquilizado á todo el mundo y ya no se pensaba en él. Algunos romanos, más valientes que los otros, se aproximaron al puente solitario é insultaron la fortaleza con los mismos gestos y ademanes con que los napolitanos insultan el Vesubio. Esto hizo reír mucho al rey Fernando, que recordó

sus buenos *lazzaroni* del muelle, probándole que los romanos tenían casi tanta chispa como aquéllos.

Á las doce menos cinco minutos el fúnebre cortejo desembocó en la plazoleta; los condenados parecían abrumados de cansancio, pero estaban tranquilos y resignados.

Al pie del patíbulo les hicieron apearse, desataronles la cuerda que llevaban al cuello y fueron á amarrarla en la horca.

Los hermanos de la Paz y Caridad los rodearon exhortándoles á la muerte y haciéndoles besar un crucifijo.

Al besarlo, dijo Mattei:

— ¡Oh, Cristo! Tú sabes que muero inocente, y como tú, por la salvación y la libertad de los hombres.

Zaccalone dijo:

— ¡Oh, Cristo! Tú eres testigo de que perdono á este pueblo como tú perdonaste á tus verdugos.

Los espectadores más inmediatos oyeron estas palabras que fueron escarnecidas.

Después se oyó una voz que dijo:

— ¡Orad por las almas de los que van á morir!

Éra la voz del hermano mayor de la Paz y Caridad.

Todos se arrodillaron y rezaron un Ave María

hasta el rey en su balcón, y el verdugo y sus ayudantes sobre el patíbulo.

Y hubo un momento de silencio solemne y profundo.

Un cañonazo resonó de improviso; el patíbulo cayó derribado por una bala sobre el verdugo y sus ayudantes; la puerta del castillo de San Angelo se abrió y cien granaderos tambor batiente y bayoneta calada, atravesaron á la carrera el puente, y en medio de los gritos de terror de la multitud y del « sálvese el que pueda » de los gendarmes, de la admiración y del terror de todos, se apoderaron de los dos condenados y los llevaron al castillo de San Angelo, cuya puerta se cerró tras ellos, antes de que pueblo, verdugos, hermanos, gendarmes y el rey mismo hubiesen vuelto de su estupor.

El castillo no había dicho más que una palabra; pero como acaba de verse, la dijo á tiempo y produjo su efecto.

Los romanos se vieron, pues, obligados á pasarse sin horca aquel día, y á desquitarse con los judíos.

El rey Fernando, triste y mohino, volvió al palacio Farnesio. Aquel era el primer contratiempo con que tropezaba desde su entrada en campaña, y desgraciadamente para él no debía ser el último.

CAPÍTULO XVII

Donde reaparece Nanno

La carta dirigida por el rey Fernando á la reina había producido el efecto que él esperaba. La noticia del triunfo de las armas reales se había esparcido con la rapidez del rayo desde Margellina al puente de la Magdalena, y desde la Cartuja de San Martín al muelle. De Nápoles se había enviado, por os medios más expeditos, á todo el reino; sel habían mandado correos á la Calabria y ligeros bajeles á las islas Lipariotas y á Sicilia, y esperando que mensajeros y *corridori* llegasen á sus destinos, se siguieron las instrucciones del vencedor. El ruido de las trescientas campanas de Nápoles lanzadas á vuelo anunciaba los *Te Deum*, y las salvas de la artillería de todos los fuertes entonaban con sus lenguas de bronce alabanzas al Dios de los ejércitos.

El estruendo de campanas y cañones resonaba en